

EL FENÓMENO DEL SATANISMO

CARTA PASTORAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

“En otro tiempo, desconocedores de Dios, estaban ustedes esclavizados a dioses que no lo son en realidad” (Gal 4,8).

En el capítulo 12, versículo 1 del Apocalipsis se habla de una mujer y de un dragón. El dragón es el demonio o satanás, y la mujer es la Iglesia y la Virgen María. La mujer del Apocalipsis tiene sobre su cabeza una corona de doce estrellas y, en clara alusión a ella, la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia está enmarcada en doce estrellas. La antífona de entrada de su misa aduce dicho pasaje bíblico.

No es ajeno, pues, que en el día de Nuestra Señora de Altagracia dediquemos este año nuestra carta pastoral a un tema que nos viene inquietando desde hace tiempo: el satanismo.

Empecemos por una afirmación fundamental: la existencia del satanismo en nuestros días.

SATANISMO: INCREÍBLE PERO REAL

Es curioso que a finales del siglo XX se haya producido este fenómeno cuando a los comienzos y mediado de ese mismo siglo el problema era la duda o la negación de la existencia del demonio y la afirmación de que los planteamientos de Jesucristo sobre él no eran otra cosa que reminiscencias del antiguo testamento, influenciado por el medio pagano circundante; y que aun admitida su existencia, tal realidad no pertenecía al núcleo central del evangelio y que, por lo tanto, no comprometía nuestra fe y podía ser dejada a un lado.

Defendían de buena fe que la idea de satanás haría perder crédito a nuestra predicación y debilitaría nuestras enseñanzas acerca de Dios que era lo importante.

Más aún, no pocos proclamaban a todos los vientos que los nombres de sata-

nás, diablo y demonio no eran otra cosa que personificaciones míticas y funcionales del mal y del pecado sobre la humanidad; puro lenguaje, inadecuado, que nuestro espíritu crítico debía abandonar ya y recurrir a otro más adecuado para expresar a nuestros fieles el deber de luchar con todas sus fuerzas contra el mal en el mundo.

Las cosas llegaron a tal extremo que la Iglesia oficialmente tuvo que exponer con claridad su genuina doctrina sobre el tema y así la Congregación para la doctrina de la fe publicó el 26 de junio de 1975 un documento con el título "Fe cristiana y demonología".

En un medio así, resulta sorprendente que de repente surja, con fuerza creciente, el hecho de personas, grupos y movimientos, que aislada u organizadamente practiquen algún tipo de culto al que en la Biblia es llamado demonio, diablo y satanás. Llama la atención la difusión que ha tenido este fenómeno: amplia y pública en algunas naciones, y reducida y clandestina en otras.

El satanismo, según esto, es algo complejo. Bajo ese nombre se incluyen diversas formas de someterse al diablo, a satanás, diversos modos de concebirlo, diversos ritos y ceremonias para expresar su sujeción o para ganar su favor y bene-

volencia y diversas razones o motivaciones para actuar así.

Diversas formas de someterse al diablo

Hay quienes lo hacen en privado de modo particular, aunque esporádicamente participen en actos de grupos llamados satánicos, y los hay que lo hacen a través de la integración a un grupo o secta satánica.

Existen grupos o sectas relacionadas entre sí y autónomas. Las hay públicas y clandestinas, de corta y larga duración. Casi todas se dividen y subdividen.

En Estados Unidos es donde se ha dado una mayor concentración de grupos conocidos y públicos y donde existe más literatura sobre el tema.

Diversas concepciones sobre satanás en los que le rinden culto

Muchos defienden que satanás es un ser real, príncipe de las tinieblas, al que es posible dirigirse para obtener favores y al que hay que adorar, venerar e invocar. No faltan quienes lo identifican con el "mal", con una especie de fuerza vital e impersonal, objeto de culto, para dominarla. Hay otros que creen que se trata de un ser más o menos simbólico del mal, adversario de

Dios y de la Iglesia, que nos puede liberar de los condicionamientos religiosos, morales y culturales, y existen quienes se dirigen a él como a un ser totalmente opuesto al Dios de la tradición judeocristiana.

Diversos ritos

Los ritos son el aspecto más repugnante y sórdido, más perverso, destructivo de la personalidad y significativo del satanismo.

Consisten en gestos, palabras y acciones que pretenden expresar las creencias, los deseos y objetivos de los satanistas.

Básicamente consisten en actos de reconocimiento, adoración, veneración e invocación para lograr determinados fines.

Estos fines son variadísimos: liberarse de toda atadura religiosa, moral y cultural; mostrar su oposición y aun odio a la religión en general y en concreto contra el cristianismo, el evangelio, la Iglesia y la Liturgia; adquirir poderes especiales imposibles de conseguir por medios naturales; lograr toda clase de ventajas materiales; hacer daños profundos a personas o grupos enemigos; liberarse de miedos y tabúes irreprimibles; satisfacer ciertas desviaciones sexuales, etc. Entre los ritos empleados para conseguir todos estos fines hay que explicitar, con horror, profanación de cementerios y cadáveres; violaciones

de vírgenes y de menores; sacrificios de seres humanos y de animales; orgías sexuales con recurso a drogas; uso de Hostias consagradas para diversas prácticas; y las conocidas misas negras, profanación y burla del santo sacrificio de la misa.

Diversas motivaciones para actuar así

Es natural que muchos se pregunten qué es lo que ha podido inducir a la gente a practicar el satanismo en cualquiera de sus múltiples formas.

Psicólogos y antropólogos que han estudiado el fenómeno, han aclarado no poco el panorama.

Empecemos diciendo que hay inclinaciones, tendencias anormales, creencias y actividades, que predisponen e inclinan al satanismo.

Explicitamos algunas: deseos de experimentar nuevas vías de conocimiento y de poder; frecuentar ambientes esotéricos, u ocultistas hasta habituarse a ellos; participación en reuniones espiritistas; y tendencia a recurrir a la magia y a la brujería.

En el capítulo de las motivaciones concretas se aducen las siguientes: convicción de que por este medio se pueden obtener ventajas materiales de todo tipo; inconformidad con el orden existente y deseos de denunciarlo de modo excéntrico y delictivo; aversión profunda a Dios, a Cristo, a la Iglesia y a todo lo santo y deseos de

mostrar claramente esa aversión; atracción morbosa hacia lo sórdido y horrendo; librarse de fuertes represiones, depresiones, tensiones internas y traumas de la infancia; deseos patológicos de someterse a experiencias radicales y raras; atracción irresistible hacia lo prohibido y lo oculto; deseos de romper violentamente con toda clase de ataduras morales, culturales y religiosas.

La tentación del satanismo es una prolongación de la actitud de los ángeles caídos y de los primeros padres: hacerse Dios, subordinando a su propia voluntad la voluntad de Dios, soberano Señor y Creador de todo. Tal realidad está en el trasfondo de toda tentación y pecado: hacer la propia voluntad al margen de la voluntad divina, olvidando que Dios hecho hombre vino precisamente a precavernos y curarnos de tal actitud. "Entonces -leemos en la Carta a los Hebreos-, he aquí que vengo a hacer tu voluntad".

Fenómenos de la sociedad y de la cultura que favorecen el satanismo

Favorecen, en efecto, el satanismo una sociedad y cultura masificadora que asfixia a las personas y que margina y excluye a sectores enteros creando fuertes tensiones y resentimientos; una sociedad y cultura que lanza a demasiadas personas a la des-

esperanza y desesperación; y la así llamada cultura de la muerte.

También lo favorecen amplios ambientes que atacan y denigran sistemáticamente el cristianismo y que por lo menos tratan de diluirlo, y esa progresiva desintegración y descomposición de la familia que está teniendo una repercusión muy negativa en los hijos abandonados a su suerte y a toda clase de influjos destructivos de una sociedad muy perdida respecto a los valores genuinos y llena de lacras.

Lo favorecen entre nosotros ciertas prácticas de culto sincrético con elementos e influjos satánicos como sacrificios de animales, mutilaciones e invocación a deidades diabólicas; y la atracción que no pocos sienten por la New Age que presenta muchos elementos satánicos.

Faltaríamos a la verdad, si omitiésemos el influjo que ejercen sobre muchos el rock satánico, ciertas películas y programas de televisión; y el permisivismo moral reinante.

Dos posiciones peligrosas

La primera es la de subestimar el satanismo: negar su difusión, su importancia y relevancia; y sobre todo creer ingenuamente que nadie de los allegados pueda estar metido en ese mundo.

La segunda es la de sobrevalorar el fe-

nómeno, creyéndolo excesivamente difundido, viendo satanismo en todo y considerando, por ejemplo, “grupo satánico” toda asociación dedicada al robo, al crimen o a cualquier otra forma de maldad.

Doctrina de la Iglesia sobre el diablo y algunas sugerencias pastorales sobre el satanismo

Además de los ángeles buenos, la Escritura menciona frecuentemente y de muy distinta forma a los ángeles malos. Los llama espíritus malos, espíritus impuros, demonios y diablos. A su príncipe lo designa con el nombre de satanás o satán.

El Catecismo de la Iglesia Católica

El Catecismo de la Iglesia, apoyándose en la revelación, presenta breve y densamente la existencia del demonio; quiénes son los demonios; y cuál es su acción y poder.

Detrás del pecado de nuestros primeros padres, está la voz seductora de un ser opuesto a Dios, (cf Gn 3, 1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cf Sb 2, 24).

La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado satán o diablo (cf Jn 8, 44; Ap 12, 9). La Iglesia enseña que “el diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una

naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos” (IV concilio de Letrán, año 1215: Ds 800). El pecado de los ángeles consistió en la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino.

La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama “homicida desde el principio” (Jn, 8, 44) y que incluso intentó apartarlo a él mismo de la misión recibida del Padre (cf Mt 4, 1-11). Su poder, sin embargo, no es absoluto. El demonio no es más que una criatura, poderosa por ser espíritu, pero simple criatura que no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque puede causar grandes daños al ser humano y a la sociedad, solamente produce aquellos que le son permitidos por Dios y siempre puede ser vencido recurriendo a Cristo, nuestro Señor.

Reflexión teológica

Es mucho lo que se ha investigado y escrito sobre el demonio a lo largo de los siglos, dentro y fuera de la Iglesia.

En casi todas las religiones antiguas aparece frente a Dios un poder maléfico, una especie de anti-Dios, principio del mal. Así en Persia, junto a Ormuz, Dios bueno, está Ahrimán con una legión de potencias demoníacas. Al final Ormuz vencerá a Ahrimán. En la India, Brahma, Vishnú y Shiva luchan contra los poderes demoníacos.

Algo similar sucede en Babilonia, Egipto, Africa, Japón y América.

Más tarde, en la era de Cristo, la Iglesia tuvo que hacer frente al gnosticismo, marcionismo, maniqueísmo y priscilianismo que reproducían el tema del dualismo o tuvo que atajar prácticas como la quironancia, necromancia y espiritismo.

Ante estos hechos, la Iglesia, para todos sus asertos sobre este tema, se ha basado fundamentalmente en la Revelación y ha defendido siempre, la independencia de su pensamiento de todo influjo externo y la especificidad de sus planteamientos. La existencia del demonio, ante todo, está claramente expresada en las Sagradas Escrituras: En el Antiguo y Nuevo Testamento.

Antiguo Testamento

Ya en el Génesis aparece la tentación de nuestros primeros padres por la acción de un espíritu perverso y maligno (Gn 3, 13-15). En el primer libro de Samuel, Saúl es atormentado por un espíritu malo (1 S 14, 16). En los libros escritos antes del cautiverio nos encontramos con espíritus malignos actuantes sobre los seres humanos (1 R 22, 21-23; 2 Cro 18, 18-22); y por primera vez en el libro de Job aparece ya con el nombre de Satán que es presentado como espíritu tentador, empeñado en apartar al ser humano de Dios (Job 1,6-

2,7). En los libros posteriores al cautiverio, el demonio aparece con más frecuencia y con mayor claridad, excluida ya la posibilidad de todo influjo persa que lo divinizaba (1 Cro 21,1; Za 2, 12; Ecl 21, 30).

Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento los pasajes sobre el demonio son muy repetidos y explícitos. El evangelio de San Mateo lo cita once veces; San Marcos, trece; San Lucas, veintitrés y San Juan, seis. El demonio es presentado como adversario de Cristo y del reino de Dios. Dios se hizo hombre para traer la remisión de los pecados y con ella la salvación. Satán y los suyos aparecen siempre como incitadores del pecado y el demonio es llamado simplemente "el maligno" (Mt 13,19.38), "enemigo y adversario" (Mt 4,3), "padre de la mentira" (Jn 8, 44), "príncipe de este mundo (Jn 12,31).

El Apocalipsis compendia así la revelación sobre el demonio: "Fue arrojado el gran dragón, la antigua serpiente, el que se llama diablo y satán, el que seduce al universo entero".

En los evangelios se muestra, también, la lucha de los espíritus malos contra el reino de Dios en el mundo. Por todos los medios quieren hacer fracasar la obra de redención. En el comienzo de su vida pública de Cristo, satán en el desierto intenta

apartarle de su misión (Mt 4,1ss; Lc 4, 1ss). Satán quiere hacer caer a los apóstoles (Lc 22,31) y es el que inspira a Judas la traición (Lc 22,3). Jesucristo proclama que el demonio es el que siembra la cizaña entre el trigo (Mt 13, 39) y es el que arrebató la buena semilla de la palabra de Dios del corazón de los seres humanos (Lc 8,12). Marcos presenta, como primer milagro de Jesús, en Cafarnaún, la expulsión de un demonio, que antes de salir del hombre que poseía exclamó: "Yo sé quién eres tu, el santo de Dios" (Mc 1, 21-28). Aduce, también, otras tres expulsiones diabólicas: la del endemoniado de Gerasa (Mc 5, 1-20); la de la hija de la mujer sirofenicia (Mc 7, 24-30); y la del endemoniado epiléptico (Mc 9, 14-29). Juan contrapone una y otra vez la acción redentora de Cristo a la acción y reino de satán que es el reino de las tinieblas (Jn 1,5) y entiende su obra como juicio contra el "príncipe de este mundo" (Jn 12, 31), "el jefe de este mundo que ya está condenado" (Jn 16,11) por la obra de Jesús. Al enviar Jesús a sus discípulos y apóstoles en misión evangelizadora les da "potestad sobre los espíritus inmundos" (Mt 10, 1-8; Mc 6,7; Lc 9, 1). De vuelta de su gira, al ponderarle ellos, gozosos, que hasta los demonios se les han sometido, Jesús les contesta que "estaba viendo a satán caer del cielo como un rayo" (Lc 10, 18).

Los apóstoles Pedro y Pablo repiten, en sus cartas, que el ser humano, imagen

de Dios, es el espacio donde se realiza el reino de Dios en la tierra y que ésta es precisamente la razón por la que el demonio ataca tanto al ser humano y su salvación.

San Pedro, en su primera carta, escribe: "Sean sobrios y velen. Su enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistan firmes en la fe". Por su parte Pablo advierte: "El diablo actúa en forma de toda clase de poder, de signos y de prodigios mentirosos, y de toda especie de seducciones inicuas, destinadas a los que están en vías de perdición, por no haber escogido el amor de la verdad que los salvaría. Y por eso Dios les manda una fuerza poderosa de seducción que los lleva a creer en la mentira, de suerte que acaben condenados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad" (2Tes. 2, 9-12).

Hay tres afirmaciones fundamentales, basadas en la Revelación, que debemos tener siempre muy presentes:

1. El diablo nada puede contra el ser humano, si Dios no se lo permite.
2. El diablo nada puede si el ser humano lo rechaza y persevera en la fe viva de Cristo y en su redención.
3. El diablo es simplemente un tentador. El cristiano, pues, que trata de vivir seriamente su fe y ora fervientemente no tiene que temer al dia-

blo. Recuerde en todo momento lo que Cristo decía a sus discípulos: "Tengan confianza en mí. Yo he venido al mundo" (Jn, 16, 33).

Los puntos principales, sostenidos por la Iglesia respecto al demonio los tenemos en el V concilio ecuménico de Constantinopla (553), concilio de Braga (561), IV concilio de Letrán (1215), concilio de Trento (1545-1563), concilio Vaticano I (1869-1870) y concilio Vaticano II (1962-1965). Esos puntos concretos son: que los demonios fueron creados por Dios; que fueron creados buenos y cayeron por culpa de su pecado; que ellos no crearon, como algunos erróneamente defendieron, ni la materia ni el cuerpo; que por su deseo de destruir la obra divina, satanás tentó a nuestros primeros padres y los hizo caer en el pecado; y que la acción de satanás y sus demonios continúa contra la humanidad; que Dios los tiene castigados a eterna perdición; que respecto al tiempo de su creación fueron creados antes que los seres humanos; y que son espíritus y que por lo tanto no tienen cuerpo. Otros puntos, sobre los cuales la Iglesia no ha precisado su pensamiento, los teólogos pueden libremente investigar sobre ellos.

La posesión diabólica

De acuerdo a los tratadistas, existen diversas formas de influjo del demonio sobre

una persona; la simple tentación, la perturbación y la posesión. Sin duda, la más grave y directamente relacionada con el demonio es la tercera. Consiste en que el demonio se adueña de un individuo por unas fuerzas que limitan y hasta suprimen el control de las funciones psíquicas y aún físicas, pero sin cambiar el núcleo profundo de la personalidad. Es evidente que existen fenómenos similares a los de la posesión que son síntomas específicos de enfermedades concretas. Hay que distinguir claramente la posesión diabólica de tales síntomas específicos, y no tomar estos síntomas como criterio de posesión diabólica. Tal criterio es la actitud del poseso diabólico ante lo santo y las cosas sagradas.

Como remedio a las posesiones diabólicas, la Iglesia primitiva creó el ministerio del exorcismo. Exorcismo es la invocación del nombre de Dios, hecha con el fin de alejar al demonio de alguna persona, animal, lugar o cosa. Cuando se hace en nombre de la Iglesia, por persona legitimada y según los ritos previstos, el exorcismo es público y tiene la virtualidad propia de los sacramentales. De lo contrario es privado. El oficio de exorcista por el que el sacerdote que lo recibe queda facultado en general para hacer exorcismos puede existir allí donde el obispo diocesano lo solicite y obtenga de la Sede apostólica. El canon 1172 del actual Código de derecho canónico dice así: "Sin licencia peculiar y expresa

del Ordinario del lugar, nadie puede realizar legítimamente exorcismos sobre los posesos. El Ordinario del lugar concederá esta licencia solamente a un presbítero piadoso, docto, prudente y con integridad de vida”.

El rito del exorcismo lo cita ya a mediados del siglo III el Papa Cornelio. En el siglo V Roma lo discontinuó, aunque fue empleado en las Galias y volvió a aparecer en el siglo IX como la tercera de las cuatro ordenes menores. En 1972 Pablo VI lo suprime como orden menor y lo reduce a ministerio u oficio especial.

Algunas sugerencias pastorales sobre el satanismo

Como hemos visto, el satanismo es una realidad que debemos enfrentar directamente. Sería una insensatez creer que nada de eso sucede entre nosotros. Sugirimos pastoralmente:

- conocer lo más exactamente posible la naturaleza y extensión del fenómeno,
- acercarse pastoralmente a los grupos de mayor riesgo: personas de poca formación religiosa, jóvenes y personas maduras con problemas serios en su vida social, proclives a la droga, propensos al delito, personas sin esperanza, frequentadores de ámbitos esotéricos, deseosos de experiencias extrañas, integrantes de grupos violentos, etc,

- ofrecer una catequesis escalonada, cada vez más profunda, intensiva y extensiva.

- dinamizar la pastoral familiar y juvenil.

A todos nuestros sacerdotes, diáconos, religiosas y religiosos y fieles pedimos que acojan y ayuden a los que de alguna manera se presume que tienen alguna influencia del Maligno que va progresivamente desde una simple tentación hasta lo más grave que sería la posesión diabólica. Siempre hará bien la oración de liberación, en lo que pueden ayudar laicos y laicos formados, con cierto carisma en este sentido. Pedimos a los sacerdotes que jamás rechacen a posibles casos de posesión diabólica, que oren sobre ellos y que en casos extremos dialoguen con su obispo para un posible exorcismo.

Nos llena de esperanza pensar y recurrir a nuestra Protectora nacional en el problema que les hemos expuesto. Tal esperanza se fundamenta precisamente en su título de Altagracia. Esa alta gracia, don singular de María es su maternidad divina y a través de ella su maternidad salvífica universal.

No hay hijo que no escuche las súplicas de una madre, ni madre que no escuche las súplicas de sus hijos. No hay madre que no confíe en su hijo, ni hijo que no confíe en su madre.

El poder de María está en el poder infinito de su Hijo, Dios hecho hombre, y el poder nuestro, en el poder de nuestra madre, la Virgen Santísima.

A ese poder recurrimos, llenos de confianza, y, al recurrir a ella, recordamos lo que el Apocalipsis nos dice en la "visión de la mujer y el dragón": "Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de Cristo porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios" (Ap. 12, 10-11).

Santo Domingo, 21 de enero del año 2002

Los obispos de la República Dominicana

N. de la R.: El subrayado es nuestro, en función del Cursillo de Evangelización

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)